

Religioso por delante

Gonzalo Ramírez Quintero
2011spartakus@gmail.com



Foto tomada del blog de Edgar Vidaurre

Fecha de envío: 3 de octubre de 2020

Fecha de aprobación: 3 de diciembre de 2020

Resumen

Se valora aquí la trascendencia que tiene en Armando Rojas Guardia su “Poema de la llegada”, incluido en su primer poemario, *Del mismo amor ardiendo*, editado en 1979. Ese texto expone importantes claves de su proceso literario futuro. Seis años después el mismo reaparecerá dentro de la textura poética transgénica de *El Dios de la intemperie*, lo que indica el valor que su autor le otorgaba como instancia fundamental y decisiva de su trayecto creador. Aquí se sostiene que ese poema ya adelantaba una exploración a fondo de la poesía orante, vinculada a los escritores místicos y una verdadera incursión en lo indecible, en donde con frecuencia obra la literatura rojasguardiana.

Palabras clave: “Poema de la llegada”, *El Dios de la intemperie*, la plegaria, la poesía orante.

Firstly religious

Abstract

We evaluate here the transcendence that Poema de la Llegada has in Armando Rojas Guardia, a poem included in his first collection, *Del Mismo Amor Ardiendo*, edited in 1979. This text exposes important keys to understand his future literary procedures. Six years later, this work would reappear in *El Dios de la Intemperie*, which indicates the value that its author gave to it as a fundamental and decisive instance in his creative career. Here we claim that this poem foreshadowed a deep exploration of the prayer poetry, a genre linked to the mystic authors, and a true immersion in the ineffable, a terrain often explored by the Rojasguardian poetry.

Keywords: Poema de la Llegada, *El Dios de la Intemperie*, prayer, prayer poetry.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

San Juan de la Cruz

Un poema impresionante de *Del mismo amor ardiendo* (1979) reaparece años después dentro de la textura transgénica de *El Dios de la intemperie* (1985): hablo del “Poema de la llegada”. Es claro que tal reaparición dice algo del todo sustantivo: indica que Armando Rojas Guardia valoraba este poema como una instancia fundamental y decisiva de su trayecto creador.

En mi criterio, y valga esta premisa tentativa como adelanto, se trata de una exploración a fondo de la experiencia del orante, de una verdadera incursión en lo indecible.

Quiero citar el poema *in extenso* y conste que lo hago con temor y temblor. Van las dos primeras estrofas para luego proceder a un par de comentarios:

Cuando tú vienes,
tú el vacío el nada el ya,
el que yo no sé su nombre,
ni interesa,
cuando tú vienes
me siento perder voz
me seco de palabras
sueno
simplemente
como tú
sin queja sin golpe
sin crujidos,
sueno
como tú.

Cuando tú vienes
tengo prisa por decir,
por llamarte de algún modo,

por nombrarme
a mí también
para al fin reconocirme
en tu presencia
me abalanzo precipito
sacudo la quietud
mancho lo limpio
todo es tan vacío tan gota
inaprehensible,
tan exactamente nada,
tan silencio.

De entrada, el poema se nos presenta como un diálogo de raíz inequívocamente religiosa, recorrido por una tensión que proviene de la mística. En especial, de la tradición mística de nuestra lengua. Desde siempre, y quiero subrayarlo, la presencia de San Juan de la Cruz en Rojas Guardia fue tan fecunda como decisiva. Pero no quiero adelantarme en esta dirección por el momento.

Estamos ante un poema que, en su urdimbre de sonido y sentido, tiene una dinámica expansiva pero marcada por un ritmo ascético y, más aún, por una ascética. Ahora bien, ¿de qué tipo de ascesis se trata? Se nos aparece como una ascesis sin ceño fruncido, sin cara larga. Una ascesis consentida y concebida como un medio y no como un fin en sí misma.

Hay un tú desde el principio del poema: un tú que problematiza radicalmente cualquier posibilidad de definirlo, problematizando no menos radicalmente al orante, esto es, al propio sujeto poético en tanto que sujeto contemplativo. Quien viene, ese tú, está en devenir, un devenir desde la indeterminación, como “el vacío, el nada, el ya, / el que yo no sé su nombre/ ni interesa”. Ante ese tú sólo cabe la más extrema desnudez para entrar en relación y eso determina, verso a verso, el trato con las palabras. Se trata de sonar como ese tú, un sonar diríase que silencioso y compartido, cosa que se reitera dos veces en la primera estrofa: así de elemental y de compleja es la apuesta que queda en el aire y a su aire al concluir la primera estrofa.

En la segunda estrofa la contemplación deviene activa. Hay un impulso que obedece a una necesidad de nombrar al tú en la misma medida que el sujeto se nombra en función de propiciar un reconocimiento definitivo. De pronto, la contemplación activa se excede a sí misma, se moviliza y transgrede por inequívoca necesidad de hacerlo, esto es, por apetito de trascendencia: “me abalanzo precipito/ sacudo la quietud/ mancho lo limpio”. Pero en los cuatro últimos versos la trama del poema retorna a la indeterminación y queda en suspenso: “todo es tan vacío tan gota/ inaprehensible, / tan exactamente nada/ tan silencio”. El tú parece estar convocando a callar, a enmudecer.

Sigo con las estrofas tercera y cuarta:

Quando tú vienes

abro ensancho acojo,
me dilato,
no sé decir sino que abro
inútiles clausuras.
Tú en el canto,
tú el silbo el suave el que no pesas
vuelves hilos levísimos
mis nudos,
me desatas.

Quando tú vienes
nada dices
y me dices.
Nada pides.
Qué vas a ser tú el Implacable,
el Exterminador, el Enemigo.
Nada pides,
eres.
Sólo oigo cómo eres,
sólo oigo cómo soy
y quiero
ser
así eso que escucho
me abandono.

Al inicio de la tercera estrofa, como en el primer verso de cada una de ellas, el poema continúa remitiéndonos a la venida de un tú: un tú cuya cercanía es radicalmente inaprehensible y que, por eso mismo, exige máxima apertura a esta subjetividad en tránsito y en trance. Por dos veces se insiste en la partícula verbal “abro” con cierto énfasis: un abrir que es un abrirse y que parece estar más allá o más acá de la posibilidad de decir: “no sé decir sino que abro/ inútiles clausuras”. A continuación, el tú esplende de una manera reveladora: adquiere una concreción tan plena como luminosa que no sería exagerado llamar epifánica. Tal concreción deviene fuerza liberadora para el sujeto orante, esto es, para el sujeto poético a quien no deja de remitirse el poema en su densa y transparente urdimbre significativa. Ahora bien, y valga este agregado, tal remisión sería del todo insignificante y, por eso mismo, del todo inviable, si el tú no estuviera allí como presencia y como horizonte de sentido.

A través de la cuarta estrofa el tú va generando algo parecido a una distensión, a una voluntad de distender que, ciertamente, va explicitando una real y verdadera epifanía. El tú que nada dice, dice al sujeto orante, al sujeto poético de una manera singular, de un modo único: le concede máxima personalización, privilegia, por decirlo así, su condición de interlocutor. Por dos veces se reitera que el tú nada pide: una epifanía se suscita desde la gratuidad. El tú, un tú inequívocamente amoroso, no viene para pedir, para exigir una rendición de cuentas. Por eso mismo, se

le capta por fuera de cualquier índice de hostilidad: “Qué vas a ser tú el Implacable, / el Exterminador, el Enemigo”. Al final de la estrofa, en sus últimos seis versos, se impone lo que me gustaría llamar una dinámica de audición compartida y transformadora que moviliza un querer del todo distintivo. Y en el último verso aparecen dos palabras de honda resonancia mística: “me abandono”. En realidad y en verdad, quien se abandona así sólo lo hace ante una presencia amorosa. Es el caso de este sujeto orante, de este sujeto poético.

Las dos últimas estrofas dicen así:

Cuando tú vienes
hay
una exacta coincidencia,
te miro en lo profundo
de aquello que deseo,
qué mentira,
qué imposible,
qué estúpido
querer lo que no quieres
querer lo que no quiero.
Y entonces
ya no es sino la paz,
la precisa ubicación
el ser
escueto.

Cuando tú vienes
no has venido,
estás ya desde siempre.

A lo largo de la quinta estrofa, el movimiento reflexivo, pensante, que se va desplegando verso a verso en “Poema de la llegada”, gana una bellísima e intensa resolución. El tú no sólo propicia una coincidencia sino que la misma no ofrece sombra de duda: es experiencialmente exacta. El sujeto orante, uno y el mismo con el sujeto poético, se reconoce explícitamente como sujeto deseante: “te miro en lo profundo/ de aquello que deseo”. Ahora bien, este sujeto deseante lleva en sí toda la potencia del deseo, pero del deseo apuntando siempre más allá, vale decir, trascendiéndose a sí mismo, afirmando su carácter transfinito.

Prosigue la quinta estrofa con un deslinde tan necesario como contundente a través de una intervención semántica marcadamente conversacional: “qué mentira/ qué imposible, / qué estúpido/ querer lo que no quieres, / querer lo que no quiero”. Ciertamente, como lo advirtió en su momento Teresa Casique en su libro *Poesía y verdad* (2007), uno no puede dejar de evocar al Cristo humano, demasiado humano: “Y dijo, Abba, Padre, que todas las cosas son a ti posibles, traspasa de mí este vaso; empero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú”. (MC 14, 36). Desde mi perspectiva, el poeta personaliza al máximo el eco de la

plegaria, de la súplica agónica en el Huerto de Getsemaní. Los dos quereres, el del tú y el del sujeto orante, son uno y el mismo: se unifican indisolublemente. Y tal unificación desemboca en lo que me gustaría llamar una desnudez esencial, axial. De allí la extrema condensación del decir para manifestar la realidad que aflora y a la que accede el sujeto orante, el sujeto poético, como si entrara en un genuino estado de gracia: “Y entonces/ ya no es sino la paz/ la precisa ubicación/ el ser/ escueto”. Me queda resonando el calificativo escueto que el poeta le asigna al ser: el ser sin adornos, desnudo, limpio, digo glosando a María Moliner; el ser escueto que, por su intrínseca simplicidad, propicia la unidad simple en tanto que anhelo y meta que movilizan al eros místico en su vuelo a trascendencia; unidad simple que remite a una singular procura de lo imposible. Ciertamente, “Poema de la llegada” ahonda por dentro de una experiencia real y verdaderamente límite, sí, con una admirable capacidad para sintetizarla, vale decir, para alcanzar una síntesis abarcadora.

En la sexta y última estrofa, la más breve de todas, se nos ofrece una recapitulación que se proyecta con un sentido abierto en la espléndida cortedad de su decir. Son tres versos que llevan en sí una certeza iluminadora: “Cuando tú vienes/ no has venido/ estás ya desde siempre”. En esta coda tan directa como expresiva, el devenir o, si se prefiere, los devenires de lo permanente, del tú, se nos aparecen en tanto que cifra y afirmación de su permanencia. Este poema, un genuino trance y una no menos genuina operación del espíritu, nos traspasa la vislumbre del centro sustantivo y sustancial, del absoluto viviente y palpitante, que se revela como un tú, como una presencia, como una persona.

“Poema de la llegada” invita a repensar la complejísima relación entre experiencia religiosa y experiencia poética: repensarla a fondo y con el debido y amoroso cuidado. Por cierto, esta cuestión decisiva se hizo recurrente en mis conversaciones con Armando Rojas Guardia durante muchos años: se trata de dejarme acompañar y conducir por las resonancias que guarda mi memoria; quiero hacerlo con la mayor fidelidad.

De entrada, se me impone señalar que no existe una identificación automática entre ambas experiencias como sostiene cierta y extendida frivolidad contemporánea que enturbia las aguas para que parezcan más profundas. En mi criterio, por esta vía se desdibuja la relación y, por eso mismo, acaba por falsearse del todo. De hecho, se rebaja arbitrariamente su complejidad hasta la lástima, segregando solamente confusión, generando toda clase de espurios equívocos.

Aquí cabe señalar que veo la relación entre experiencia religiosa y experiencia poética más acá y más allá de cualquier tentativa, de cualquier forma de idolatría e idolización estética: en el afuera de este o aquel becerro de oro, así se disfracen a conveniencia de otra cosa. La apuesta

de este monje laico, la apuesta por una espiritualidad tan rigurosa como abierta, una espiritualidad en devenir, se desmarcaba radicalmente de tal tentación.

Todo separa a Armando Rojas Guardia, y a mí con él, de quienes han sostenido y sostienen que la poesía es la última religión que nos queda. Como si la poesía pudiera absolutizarse hasta ese punto, desconociendo su condición de obra humana.

Ahora quiero remontarme muy lejos en el tiempo, apelando a mi memoria: en un temprano ensayo sobre la poesía de Armando Rojas Guardia, publicado en el N° 21 de la revista *Escritura* de la Universidad Central de Venezuela en 1986, parte de la línea argumental que yo desarrollaba por aquel entonces ya tan lejano, intentaba explorar la relación entre experiencia poética y experiencia religiosa, indagar en torno al vínculo entre la plegaria y el poema. En aquellas páginas, se me hacía evidente un doble movimiento en la poesía de Armando y lo enunciaba tentativamente así: escribir como quien reza y rezar como quien escribe. Decía también en aquella primera aproximación: en la plegaria y en el poema nuestro ser se manifiesta o se expresa como carencia, como menesterosidad. Desde el hoy de mi ayer, quiero señalar que la plegaria y el poema provienen en primera y última instancia de la necesidad, de nuestra íntima necesidad. Ahora bien, la necesidad no se dice de la misma manera, de un único modo. La necesidad del orante y la necesidad del poeta pueden ciertamente confluír, pueden tener zonas de confluencia, pero no son forzosamente iguales. Es más: las zonas de confluencia se generan y se verifican a través de la especificidad de cada una de ellas. Y, por supuesto, para el hombre o la mujer de fe, como en el caso de Armando Rojas Guardia, nada sustituye a la plegaria, a la necesidad puntual e irrenunciable de orar, de estar ante Dios y reconocerse como orante.

A partir de “Poema de la Llegada”, de sus ondas de irradiación, conviene detenerse en la fecunda relación de Armando Rojas Guardia con el misticismo, con la mística, resaltando su deuda con la tradición mística española y, en especial, con la obra de San Juan de la Cruz. En este punto, es necesario hilar muy fino y espero hacerlo en lo que sigue.

Con una modestia que lo honra altamente, Armando Rojas Guardia nunca se consideró a sí mismo un místico. En tal sentido, quiero recoger unas palabras suyas que extraigo de una entrevista con Andreína Guenni Bravo titulada “La Divina Comedia vuelta a contar” del año 2009:

El fenómeno místico me interesa muchísimo porque la gran lección de los místicos es que ellos reivindican la dimensión interior, hablan de la dignidad de eso que llamamos alma; aportan una reflexión permanente acerca de nuestra densidad interior, de nuestra carnalidad subjetiva absolutamente vigente y actual en nuestros días.

Y para disipar cualquier clase de equívoco puntualizaba

con extrema lucidez:

Yo no diría que soy un místico, soy un estudioso del fenómeno místico y un hombre profundamente religioso.

En otra entrevista con Franklin Fernández titulada “Escribo para intensificar mi experiencia vital, la conciencia que yo tengo de la vida” (2007), el poeta establece la siguiente y oportuna matización:

Creo que escribir poesía es una suerte de modalidad de una mística que podemos llamar profana.

De esta misma entrevista quiero resaltar unas palabras que trazan un horizonte de sentido:

...la escritura poética, me lleva a tocar, a bordear ese ámbito de lo sagrado que trasciende la vida cotidiana.

Ciertamente, Armando Rojas Guardia siguió el vuelo de las grandes místicas y de los grandes místicos. Ahora bien, no hablo de cualquier seguidor: hablo de un seguidor extremadamente atento, radicalmente amoroso y, por eso mismo, nada complaciente con las imposturas y los facilismos que, de hecho, devalúan al fenómeno místico, reduciéndolo al fin y al cabo a aquello que Juan Sánchez Peláez llamaba la infinita vanidad de la literatura. Si las voces de la mística, en sus diversas tradiciones, nos convocan a la humildad, quien las oye, sí, tiene por delante el reto y el desafío de hacerse cada vez más humilde. No es extraño, entonces, que Armando Roja Guardia insistiera una y otra vez en que él no era un místico.

No se sigue de verdad verdad el vuelo de las grandes místicas y de los grandes místicos, si el seguidor no se hace cargo completamente de todo lo que ello significa, de todo lo que comporta y exige. No se frecuenta la compañía de Juan de la Cruz o de Teresa de Ávila, si el seguidor no se reconoce a sí mismo como un humilde y eterno aprendiz.

En realidad y en verdad, el aprendizaje no tenía fin a la vista, no terminaba nunca, para un hombre profundamente religioso como Armando Rojas Guardia. Él era un espiritual para decirlo desde San Juan la Cruz: un espiritual en un sentido muy clásico y a la vez muy contemporáneo. Aquí cabe señalar que este entrañable espiritual siempre pensó y habló desde una experiencia religiosa marcada por la heterodoxia y el anticonformismo; desde una vivencia de la fe cristiana que no se sometía a dogmas, a falsas seguridades; desde un hacer cuerpo y conciencia de la tradición a la que pertenecía con entera libertad.

En *El Dios de la intemperie* Armando Rojas Guardia señala como quien hace profesión de fe:

En ciertas zonas del espíritu, en determinados climas existenciales, el único Dios en quien

podemos creer es en el Dios de los místicos.

Estimo que resulta tan necesario como revelador detenerse en este Armando Rojas Guardia que reivindicaba para sí la condición de estudioso del fenómeno místico. No se trata de un sujeto que estudia para saber de, para adquirir conocimiento, para forjar erudición: Armando Rojas Guardia no fue nunca un acumulador de capital cognoscitivo y curricular. Hablo, entonces, de alguien que estudiaba para transformarse, esto es, para acendrar una espiritualidad, aumentando su cauce existencial y expresivo. En este sentido, podemos ver a Armando Rojas Guardia a la luz de una hermosa sentencia de San Juan de la Cruz: “Religioso y estudiante: religioso por delante”. El religioso siempre estuvo por delante del estudiante, del estudioso. Para inteligencia de esto, la clave reside en el amor.

El amplio conocimiento que Armando Rojas Guardia llegó a tener del fenómeno místico, de la experiencia mística, era del todo amoroso. Y cuando el conocimiento pertenece al *ordo amoris*, al orden del amor, tiene otras medidas, expresa otra intensidad, gana otra calidad. Conocimiento amoroso quiere decir aquí conocimiento devocional. No incurro en ninguna exageración si digo y afirmo que así concebía la posibilidad de conocer este verdadero y amoroso caballero de la fe.

Ahora necesito volver nuevamente a nuestro San Juan de la Cruz para concluir. A unos versos suyos por los que Armando Rojas Guardia sentía predilección. Son estos: “...sin otra luz y guía/ sino la que en el corazón ardía”. En realidad y en verdad, Armando leía, estudiaba y conocía precisamente desde allí. Desde siempre, el poeta fue forjando una sabiduría del corazón a partir de tal ardimiento.

Bibliografía:

- Rojas Guardia, Armando (1979). *Del mismo amor ardiendo*. Caracas: Monte Ávila
- Rojas Guardia, Armando (1985). *El Dios de la intemperie* (1985). Caracas: Editorial Mandorla.
- Casique, Teresa. *Poesía y verdad* (2007). Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, .
- Ramírez Quintero, Gonzalo (enero-junio, 1986). “Armando Rojas Guardia”. Revista *Escritura. Teoría y Crítica Literaria*. N° 21. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Fernández, Franklin (14 octubre de 2017). “Escribo para intensificar mi experiencia vital, la conciencia que yo tengo de la vida” (2007). *El Maracaibeño*. Consultada el 10 de octubre de 2020.
- Bravo, Andreína Guenni (octubre de 2009). “La Divina Comedia vuelta a contar”. P. 13. Consultada el 4 de octubre de 2020.